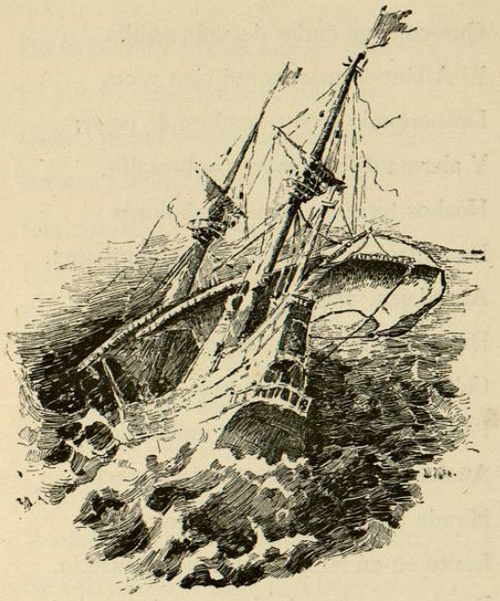
BIBLIOTECA GENERAL
U.A.N.L.

BIGOTES

EPISODIO HISTÓRICO. — 1708.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.



BIGOTES

EPISODIO HISTÓRICO. — 1708.

I.

Su ronca voz la fama dilatando
Por la tendida costa mexicana,

Que con sus ondas de zafir arrulla
El Atlántico mar, contó cien veces
Despertando terror, sembrando pena,
Y alarma difundiendo y sobresalto,
Hechos terribles, lances fabulosos
De audacia y de valor, rudos combates,
Abordajes, asaltos y sorpresas
De un osado pirata, cuyo nombre
Calló la historia y olvidó la fama.
Pintábale la gente alto y membrudo,
Ancha la espalda, levantado el pecho,
Mirada al par que altiva penetrante,
Lento en andar y en el hablar pausado.
Dando aspecto más duro y más sombrío
Y aumentando del rostro la fiereza,
El espeso bigote, negro y lacio
Y flotante llegando hasta los hombros,
Dió seña con que fuera conocido
El temible y audaz filibustero.
Hoy sin duda se asoma la sonrisa

De la faz más adusta por los labios,
El apodo escuchando de *Bigotes*
Que al pirata se dió; pero en el siglo
En que víctimas eran de su furia
Las ciudades del Golfo, y recelosos
Los marinos temblaban de encontrarle,
Ese nombre fatal era la cifra
De todo lo espantoso y lo temible;
Y nunca el navegante, atravesando
El piélago en que reinan procelosas
Repentinas tormentas, más cobarde
Á cada instante registrando el cielo;
Se estremece si mira en el espacio
Nubecilla ligera, si las brisas
Parecen arreciar, si el tiempo calma,
Si viste el sol de rojo el firmamento
Al hundirse la tarde, ó si los astros
Rutilan más brillantes, como entonces,
Trémulos de pavor y sobresalto,
En tropel á las playas acudían

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Los habitantes todos de la costa,
Cada vez que miraban á lo lejos
De alguna embarcación las blancas velas.
Y en constante zozobra, el horizonte
Explorando tenaces, del pirata
Á todas horas descubrir creían
La rauda embarcación sobre los mares,
En cada nube que arrastraba el viento,
En la flotante bruma, entre la niebla,
En el pardo alcatraz que silencioso
Se destacaba en solitaria roca,
Y hasta en el copo de la blanca espuma
Que en las henchidas ondas engalana.

De la tranquila sonda de Campeche
Haciendo hervir las aguas cristalinas,
Como la garza que al cruzar el lago
Con el cándido pecho rompe ufana
La tersa superficie, y el garrido
Y blanquísimo cuello yergue altiva,

Así para las costas yucatecas,
Por el viento empujada, va la nave
Que á bordo lleva al opulento hidalgo
Don Fernando Meneses de Sarabia,
Que el monarca español Felipe Quinto
Para regir á Yucatán elige.
El sol de la mañana matizando
Un cielo azul, purísimo y profundo,
En torrentes de luz sobre los mares
Derrama su calor; duermen las olas
Blandamente arrulladas por la brisa,
Y en el líquido manto de zafiro
Ricos cambiantes brillan de oro y perlas.
Roza en su vuelo alegre la gaviota
El agua de la mar; cruzan trinando
En la ribera pardas golondrinas,
Y el pesado alcatraz torpe aletea,
Mientras que vuela y salta vocinglero
En las flotantes palmas el zanate.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Ligera va la nave. Mas, de pronto,
Oscila y se detiene y luego vira
Y en nuevo rumbo el aparejo empeña.
Como indómito potro que del bosque
Entre las sombras al cruzar tranquilo
Siente el olor del tigre carnicero,
Detiene el paso, y la cabeza erguida
Inquieto torna por doquier, el aire
Con las anchas narices dilatadas
Aspira con violencia, lanza luego
Resoplido sonoro, se estremece,
Sacude altivo las copiosas crines,
Veloz revuelve, y en la obscura selva
Rompiendo el bejucal se precipita;
No de otro modo la española nave
Que conduce á Meneses de Sarabia,
Sus velas todas desplegando al viento,
Rompe veloz con la ferrada proa
Las movedizas ondas, porque osado
Dándole caza con tenaz porfía,

Como va tras el ciervo fugitivo
Corpulento lebrel, sigue tras ella
El atrevido queche del pirata.
¡Cómo cruzan la mar! Nunca en la pista
Alígeros corceles, más pujantes,
La victoria y el premio disputando,
Devoran el espacio, cuando sienten
El látigo y la voz y las espuelas
De tendidos jinetes que anhelantes
La postrera señal miran cercana.
Sobre la popa la mirada fija
En el queche pirata, fascinado
Cual tórtola infeliz por la serpiente,
Va trémulo Meneses, comprendiendo
Que rápida se acorta la distancia
Que separa las naves, y ya mira
Del contrario bajel cruzar el puente
Afanosos marinos; los cañones
Descubren ya la ennegrecida boca,
Y se escuchan llevadas por el aire

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

De la ronca bocina obscuras voces.
¡Qué tremenda zozobra cuando el viento
Parece desmayar, cuando las velas
Se cuelgan de los mástiles, flotando
Como estorbosa carga! ¡Qué agonía
Sufre Meneses, al sentir que oprimen
En convulsivo abrazo su cintura
La tierna esposa y los pequeños hijos!
Vuelve el rostro y les mira, y demudado
En vano quiere hablar, y sobre el seno
Conmovido y lloroso los estrecha.
Torna el viento á soplar, y otra vez sigue
El empeño tenaz, y los bajeles
Uno tras otro rápidos se lanzan.
Así, seguida del halcón marino
La tímida gaviota, á rumbo incierto
Emprende el vuelo, y las batientes alas
Agitando veloz, avanza y sube
Y retrocede y baja, y ya la espuma
Fugaz tocando con el pecho rompe,

O ya como la flecha desprendida
Del arco vibrador, en el espacio
Y en el azul del cielo se confunde.

Llega el momento al fin en que el pirata
Á la española nave da el alcance.
Suena, intimando rendición ó muerte,
La encorvada bocina, y de un costado
Del corsario bajel relampaguean
En las estrechas portas los cañones.
El sonoro estampido rompe el aire;
Rugen fieros los negros proyectiles,
Y densa nube de humo se alza y flota,
Y envuelve al queche, y luego descendiendo
Sobre la mar se arrastra blandamente
En ancha faja de rizada pluma.
Embiste el queche á la española, y cierra
Aferrando las bandas, de abordaje
Con los tenaces ganchos. Salta osado
El capitán pirata sobre el puente,

Blandiendo el hacha en ademán terrible,
Y en espantosa confusión, los suyos
Al cautivo bajel fieros se arrojan.
Reina el pavor allí: lloran los niños,
Las mujeres convulsas se arrodillan,
Se atropellan los hombres, y unos corren
Buscando en los pañoles y en la cala
Escondido refugio, y otros quedan
En sus puestos inmóviles, creyendo
Que así la vida de enemigas manos
Podrán salvar en tan tremendo lance.
Pálido de emoción, pero sereno,
Cubriendo con su cuerpo á la abatida
Doliente esposa y á los tiernos hijos,
Se presenta Meneses al pirata
Sin ocultar su nombre ni su rango.
Los ojos del osado aventurero
Fosfórico reflejo de alegría
Ilumina fugaz; la noble presa
Que amiga la fortuna le depara,

Más que el botín de la abordada nave
Corona su ambición. Con voz de trueno
Que hace vibrar crujiendo las cuadernas
Ordena retirada. Le obedecen
Sin vacilar ni murmurar los suyos,
Que á su bajel precipitados tornan,
Y un momento después sólo se miran,
Al lado de Meneses, el pirata,
Y las dobladas guardias vigilantes
Al bajel y á los presos custodiando.

Acordado el rescate de Meneses,
Hora es ya de partir. La mar convida
Con lenta ondulación á los marinos,
Como la blanca y oscilante cuna
Que al niño muestra cariñosa madre.
En un gallardo bote, que se mece
Junto á las naves, en las mansas olas
Seis robustos piratas con sus remos
Al pie se ven de la tendida escala.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Por ella el capitán baja el primero,
Y va tras él Meneses pensativo;
Y asoman á mirar sobre la borda
Rostros en que se pinta la alegría,
El temor, la esperanza y el asombro.
Entra al bote el pirata, y los cordeles
Que al sensible timón sirven de rienda
Empuña con destreza; se reclina
Á su lado Meneses, y azotando
Con unísono golpe los remeros
El crespo mar, al repentino impulso
Ligero el bote parte y se resbala
Alejándose raudo de las naves.

II.

Corre en tropel revuelta muchedumbre
Llegando de los barrios presurosa,
Pues rápida circula por Campeche

La extraña nueva de que al puerto vino
Una ligera lancha, tripulada
Por unos hombres cuyo idioma y traje
Y aspecto singular, indicios claros
Dan para comprender que se presentan
De algún buque pirata desprendidos.
Y lo que mueve más y más excita
Al pueblo en esta vez, lo que le asombra,
Es la noticia de que aquellas gentes
Conducen á Meneses de Sarabia,
Nombrado por el rey Felipe Quinto
Gobernador de Yucatán. Cual nacen
Al desprenderse torrenciales lluvias
De la enhiesta montaña por las crestas
Bullidores arroyos, que ligeros
En cintas de cristal se precipitan
Con lánguido rumor, y á cada instante
Creciendo más y más, roncos murmuran
Por la vertiente rápida hasta unirse
En torrente espumoso convertidos,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

Que brama y ruge en la cañada agreste;
Así va de Campeche por las calles
La hirviente multitud, crece el tumulto,
Llega en olas la gente hasta la plaza,
Y semejante al mar embravecido,
Que sus olas gigantes alza y choca
Del escarpado morro entre las peñas
Y su zumbo sonoro repercuten
De la montaña los lejanos ecos,
La activa muchedumbre se revuelve
En creciente alboroto confundida
Y en rápidas corrientes, que se cruzan,
Se encuentran, se confunden y se oprimen.
Mas de repente disminuye y cesa
Todo el rumor. Curiosidad y asombro
Revelando tenaces las miradas,
En el grupo se fijan, que aparece
Por un extremo de la plaza entrando.
Viene en medio Meneses, no abatido
Ni de fiera altivez haciendo alarde;

Sereno al parecer, mas dando muestra
De punzadora pena mal guardada;
Van en su derredor los regidores
De la ciudad, con demudado rostro,
Y en voz baja, violentos ademanes
Y siniestro mirar, franca mostrando
La noble indignación que se desborda,
Al pensar con horror que la presencia
De los piratas la ciudad profana.
Tras ellos, desdeñoso, indiferente,
No más arma llevando que en el cinto
Ancho y vistoso sable de abordaje,
Marcha el filibustero. ¿Quién, mirando
Su torva faz, su nombre no adivina?
¿Quién, al verle llegar, dentro del pecho
No siente que agitado se estremece
El corazón? ¿Y quién, cuando pasea
En el concurso inmenso la mirada
Fiera y provocativa, como un reto
De aquel hombre fatal, raudo los ojos

No aparta con horror, cual si creyera
Objeto hacerse de su negra furia?
De instintivo temor sobrecogida
Retrocede la gente, y ancha calle
Va de la multitud entre los grupos
Abriéndose delante del pirata.
Llega, por fin, Meneses á la puerta
Del salón de cabildos, y el conserje
Con respeto se inclina, dando paso.
Pero al mirar al capitán, procura
Impedirle la entrada; una sonrisa
De altivez y desdén juega en la boca
Del temible corsario; con desprecio
Al portero contempla, y se adelanta
Con osado ademán, mientras sonando
Las anchas puertas del salón se cierran.

Sobre un viejo sitial, como agobiado
Bajo el peso de bárbaro infortunio,
Se desploma Meneses. En silencio

Él y cuantos le siguen permanecen
Durante largo tiempo, y sólo turban
La calma sepulcral de aquel recinto
Sordos rumores que confusos llegan,
Como tumbos del mar, desde la plaza
Donde afanosa multitud se agita,
Como suele un enjambre alborotado
En derredor de la colmena rota
En parda nube que revuela y zumba.
Volviendo en sí Meneses, la palabra
Al Cabildo dirige, y les refiere
Toda su desventura: la promesa
De pagar un rescate; que en la nave
Su familia infeliz queda en rehenes,
Y que á buscar la suma convenida
Hasta el recinto aquel llega el pirata.
—«Harto sabéis, señores, que el destino—
Les dice al terminar—de los humanos
En el poder no está; que omnipotente
Y bondadoso, Dios ordena y guía

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

De este mundo las cosas, y dispone
De nuestra suerte aquí. Lección ó pena
El dolor que me manda, yo respeto
Su santa voluntad. Haced vosotros
Lo que en honra del Rey y á su servicio
Y en mi bien y favor hacer os plazca.»
No bien hubo Meneses terminado
Su triste relación, cuando el alcalde
Se puso en pie, con mano temblorosa
Por la avanzada edad su barba luenga
Atusando convulso, y con acento
Que turba la emoción, así responde,
Más que al mismo Meneses, sus palabras
Al severo Cabildo encaminando:
—«Ya, dignos compañeros, que el remedio
En tanto mal, y en aflicción tan grande,
De nuestras manos al alcance pone
La divina bondad; ya que la vida,
La libertad, y la familia y la honra
Del noble hidalgo que á regirnos manda

El Rey nuestro señor, están sujetas
Hoy á nuestro querer, no vacilemos;
Entréguese el rescate, y vengan libres
La tierna esposa y los amados niños.
Yo comprendo muy bien, pues no se oculta
Á mi larga experiencia ni á mis años,
Que vuestros pechos generosos sangran,
El rescate al pagar, no por el oro,
Que, por fortuna, en vuestras cajas sobra;
Sí porque en esta vez vuestra hidalguía
Humillada se siente, recibiendo
Condiciones y ley de un enemigo
Sin fe, sin religión y sin bandera.
Y más la indignación se agita y crece
Contemplando el orgullo y la osadía
Con que llega hasta aquí, y entre nosotros
Su voluntad y su capricho impone.
Su queche está á la vista, y en el puerto
Un bajel poderoso, tripulado
Por valientes marinos, sólo aguarda

La primera señal para lanzarse
Sobre el audaz pirata. Y es preciso
No dar esa señal; cerrar los ojos
Á tanta humillación; dentro del pecho
Nuestra herida ocultar, que así lo exige
Esa madre infeliz que triste llora
Con sus hijos en duro cautiverio,
Y que son en la nave prisionera
Prenda de impunidad á los piratas.
Nuestros hijos aquí, nuestras mujeres,
La caridad y el corazón, nos gritan
Que consumarse debe el sacrificio
Del ofendido orgullo; Dios lo manda,
Y obedientes su ley acataremos.»

Dos horas han pasado, y va ligera
De retorno la lancha del corsario,
El rescate llevando de Meneses
En los sacos henchidos de oro y plata.
Poco tiempo después, desde la costa

Contemplan los que aguardan afanosos
Cómo viene garbosa para el puerto,
Y libre ya, la nave prisionera
Y los que en ella estaban, mientras raudo
Se va alejando el queche del pirata.